

tes (1) invadían al mundo viejo de la teología y de la es-

(1) Descartes fué precedido, como todo genio, de otros grandes hombres y de grandes descubrimientos. «Yo percibo, dice uno de sus biógrafos, en el universo una especie de fermentación general; la naturaleza parece encontrarse en uno de esos momentos en que hace los más grandes esfuerzos. Todo se agita; por todas partes se pretende remover los antiguos horizontes; se quiere dilatar la esfera humana. Vasco de Gama descubre las Indias; Colón descubre la América; Cortés y Pizarro conquistan regiones inmensas y nuevas; Magallanes busca las tierras australes; Drak da la vuelta al mundo. El espíritu de descubrimientos anima á todas las naciones. Grandes cambios en política y en religión conmueven á Europa, al Asia y al Africa; y *este sacudimiento se comunica á las ciencias*. La astronomía renace desde el siglo XV; Copérnico restablece el sistema de Pitágoras y del movimiento de la teoría, ¡inmenso paso en la exploración de la naturaleza! Ticho Braké aumenta las observaciones de todos los siglos, corrige y perfecciona la teoría de los planetas, determina el lugar de una multitud de estrellas fijas y demuestra la región que los cometas ocupan en el espacio. El número de los fenómenos conocidos se aumenta. El *legislador* de los cielos aparece! Kepler confirma lo que se ha descubierto antes de él y abre la ruta á nuevas verdades; pero era necesario mayores auxilios.

Los vidrios cóncavos y convexos inventados por azar en el siglo XIII, son reunidos tres siglos más tarde y forman el telescopio. El hombre toca las extremidades de la creación. Galileo hace en los cielos lo que los grandes navegantes hacen en los mares; aborda nuevos mundos. Los satélites de Júpiter son conocidos. El movimiento de la tierra es confirmado por las facas de Venus. La geometría es aplicada á la doctrina del movimiento. La fuerza aceleratriz en la caída de los cuerpos es medida; se descubre el peso del aire; se presiente su elasticidad. Bacon hace el inventario ó recuento de los conocimientos humanos y los juzga; anuncia la necesidad de renovar, (*refaire*) de crear nuevas ideas y predice algo grande para los siglos futuros. He aquí, pues, lo que la *naturaleza* había hecho para Descartes antes de su nacimiento; y así como ella por medio de la brújula había reunido las partes más lejanas y apartadas del globo, por el telescopio había aproximado á la tierra los

colástica en aquel siglo llamado el siglo de Descartes. Bacon, como ya hemos dicho, (núm. 377) en su *Novum Organum* condensó todas las observaciones de su espíritu revolucionario, de aquel espíritu que comprendió la pobreza é inanidad de las enseñanzas aristotélicas y escolásticas, de aquel talento que se dió cuenta de no haber aprendido nada serio en las Universidades, de aquel criterio penetrante que mucho antes que Montesquieu al estudiar el derecho buscaba con gran preocupación *las leyes de las leyes (leges legum)*; é incorporando á esa obra titulada *Novum Organum* en oposición al *Organum* de Aristóteles, que fué la biblia durante muchos siglos de las escuelas, incorporando á ese trabajo otros varios, y entre ellos su tratado *De Dignitate et augmentu scientiarum* (Dignidad y Progreso de las Ciencias) trazó el plan de una síntesis de todos los conocimientos humanos ó sea un ensayo de generalización metódica de todas las ciencias; explicó y demostró la futilidad de los métodos escolásticos; hizo sentir la necesidad de estudiar directamente la naturaleza por medio de la observación, y trazando el plan y la esfera de las investigaciones científicas, indicó los problemas que debían estudiarse y predicó el dogma del *progreso de las ciencias* contra la inmovilidad dogmática de las Universidades, que creyéndose poseedoras por sus *entidades metafísicas*, de toda la ver-

últimos límites de los cielos, por la imprenta había establecido la comunicación rápida de los espíritus de un extremo al otro del mundo. Todo estaba dispuesto para una revolución; y acaba de nacer el que debe realizar ese gran cambio. Sólo falta que la naturaleza acabe su obra y madure á Descartes para el género humano, como ha madurado al género humano para Descartes.»

dad, no concebía que se pudiesen cambiar los conocimientos adquiridos y limitaba su estudio á cuestiones ó disputas verbales (1).

(1) El mérito de Bacon no consiste en haber hecho grandes descubrimientos, pues los únicos que hizo fueron la influencia de la tierra en los cuerpos extraños en razón inversa de la distancia, la influencia de la luna sobre las mareas, la reflexión de la luz produciendo los colores, la incomprendibilidad de los líquidos y algunas experiencias termométricas; pero consiste en tres cosas importantes: en haber erigido *sistemáticamente* la experiencia en criterio científico, pues así desvió al espíritu humano del ergotismo escolar; en haber intentado por primera vez en la esfera de la realidad de la naturaleza hacer la clasificación y síntesis de todas las ciencias, y en haber proclamado la posibilidad ó el dogma del *progreso* de las ciencias en una época en que era heregía, blasfemia, locura, combatir los aforismos de Aristóteles y las enseñanzas escritas en libros de Doctores; y sólo el que tenga una idea de la tiranía del pedantismo escolástico, sólo el que sepa que Arnaldo de Villanueva debió ser quemado como loco por haberse atrevido á decir *que poco importa que Alberto el Grande enseñe que las hojas de salvia puestas en una fuente atraen la tempestad*; sólo el que sepa que siendo la Edad Media la que poseyó menos libros teniendo sólo manuscritos apócrifos, fué la edad más crédula en las doctrinas de los libros; sólo el que sepa que las Universidades pasaban años discutiendo cuál era la primera sustancia y la segunda y la tercera, y que Santo Tomás de Aquino y Duns Scot *desrazonaban* sobre cuál es la naturaleza de los ángeles y sobre si Adán tuvo ombligo y sobre si Dios es *ente*; que según Rabelais, un Concilio discutió muchas veces, si *la quimera bamboleándose en el vacío podría devorar las segundas intenciones*; sólo el que sepa que lo único que aprendían los estudiantes era adquirir el hábito indestructible de pagarse de *palabras*; sólo el que sepa que el renacimiento (1308 á 1610) no es otra cosa que una reacción de la naturaleza ahogada durante siglos por el pedantismo de escuela, sólo ese podrá comprender el mérito del primer teórico (si se quiere, ó *especulativo* como llamaban á Bacon los Reyes de Inglaterra) al rebelarse *sistemática y socialmente* contra la secular autoridad de la escolástica. En cuanto á la idea del *progreso* de las cien-

404. Y una vez encarnado el espíritu humano en el racionalismo de Descartes y en el criterio de la experiencia proclamado por Bacon; una vez removida la pie-

cias, era completamente desconocida, pues la infalibilidad del *magister dixit* denuncia el estado de inmovilidad de aquellos espíritus y el agotamiento de sus energías en cuestiones de palabras (Véase sobre los presentimientos de esta idea del *progreso* y de la teoría *orgánica* de la sociedad á Tarde *Etudes de Psychologie sociale*, páginas 96 y 97). Es cierto que sin Bacon había existido ya la filosofía experimental en los griegos, que existió en los alquimistas de la Edad Media, que Galileo y Kepler no esperaron á Bacon para poner en práctica el método experimental, que á nadie han aprovechado las divisiones y subdivisiones artificiales y caprichosas del método *baconiano*, ni nada de su fraseología que se resiente aun de escolasticismo; pero también es cierto que Bacon fué el primero que erigió en *sistema, en dogma, en doctrina casi social* lo que sólo era un caso aislado y *especulativo* de tal ó cual genio, la soberanía del método experimental y de observación y con aquella la ruina del *criterio de autoridad*; y además, el dogma del *progreso* formulado tan explícitamente y aplicado después por D'Alambert á esferas más amplias hará de Bacon, dice Jourdain, el Apóstol más ardiente de la perfectibilidad del espíritu humano; y en este sentido ha sido elogiado por Bassendi, Leibnitz, Hooke, Vico, Walpole, Voltaire, Laplace, etc., y por el mismo Descartes, á quien, sin embargo, dejó la gloria de haber dado el golpe de gracia á la escolástica y de poner su nombre á la más grande revolución de las ciencias. Porque esa revolución no podía brotar (dice D'Alambert) sino de la cabeza de un matemático, porque aquella implicaba un nuevo concepto del movimiento de la materia; la física moderna no podía salir sino de las matemáticas, y Bacon no era matemático y le faltaba el *genio de la invención*..... Desgraciadamente le faltaba también en el orden moral honradez y nobleza de carácter, y es Bacon una de las pruebas que tiene la ciencia para comprobar la posibilidad de que estén unidos un gran talento y una bajeza moral repugnante, pues Bacon fué ingrato hasta el cinismo, venal, avaro y destituido de todo noble sentimiento. Puede verse su historia política para que se conozcan sus defectos que no es de nuestra misión dar á conocer.

dra secular de la escolástica y de la tradición; una vez sacudidos los harapos de tantas *entidades* metafísicas de las Universidades; una vez, en fin, que aquellos dos pensadores dieron ánimo y valor á otras inteligencias dotadas de aptitudes para la ciencia, pasó del orden de las ciencias físicas, matemáticas, *naturales* al dominio de las *morales* y *sociales* aquella revolución, aquella libertad de pensamiento, aquel estudio directo de los fenómenos y sus causas en el libro de la naturaleza. Y Hobbes, amigo (aunque pasajero) de Descartes y compatriota de Bacon, buscó las leyes naturales del espíritu y de la sociedad (aunque sugestionado por las pasiones y acontecimientos de su época y de su nación), cómo aquellos filósofos habían buscado las leyes naturales de la física y de la mecánica del universo; y encontró en el orden psíquico, en el orden de las certidumbres (anticipándose á Comte aunque sin la profunda y vasta y sistemática exposición de este filósofo) que no podemos tener ciencia ninguna sino del mundo físico, escapándose á nuestros conocimientos Dios, y sus atributos, pues la ciencia no es otra cosa que un cálculo, siendo la lógica la ciencia de los cálculos, y solamente los hechos naturales son susceptibles de cálculo. Así, en este sentido la metafísica de Hobbes engendró el sensualismo de Francia y de Inglaterra, de Loke, de Hume y aun de Taine, porque la psicología experimental moderna tiene sus raíces en las atrevidas afirmaciones de Hobbes; así como su moral y sus sistemas jurídicos expuestos en el *Leviathan* y en el *Tratado sobre la naturaleza humana y el cuerpo político* engendraron la escuela utilitarista como resultado de circunstancias y transitorio, pero como resultado permanente y trascendental esas obras hijas del

método de la observación y de la experiencia, esos ensayos de generalización de los fenómenos sociales engendraron la noción, la idea, la concepción hasta entonces desconocida de una ciencia de las *leyes naturales* de la sociedad humana.

405. Habrá errores é inexactitudes en la exposición de esas leyes; pero hay la verdad latente, el descubrimiento luminoso de que las sociedades humanas se rigen por leyes naturales. Esas leyes no son las del interés, las del miedo, las de la defensa mutua, las del egoísmo (1), úni-

(1) Esa teoría egoísta que debía más tarde en Darwin y en algunos sociólogos pesimistas engendrar la de la lucha por la vida (*homo, homini lupus*, decía Hobbes, y los modernos dicen: «*struggle for life*») está refutada en estas sublimes y claras observaciones de Funk Brentano (*L'homme et sa destinée*, página 301 y siguientes): «Los argumentos de la doctrina pesimista son muy sencillos.» Todo es lucha en la naturaleza; todo es oposición en las fuerzas. Si el mundo ha salido del caos es por la contrariedad de las fuerzas, y si subsiste es siempre por la oposición y lucha de aquellas;» el día en que esta lucha y oposición terminen, nuestro mundo quedará reducido á una masa inerte. En el desorden infinito de todas las fuerzas, desorden que se ha llamado caos y que la ciencia nos revela existe en las nebulosas del espacio, cada fuerza, cada partícula de fuerza obra por sí misma. En los astros luminosos esas fuerzas han llegado á agruparse según sus diversas naturalezas y obran con toda su potencia, hasta que atrayéndose (*s' étouffant*) las unas á las otras, todas se borren y que el astro muerto no viva sino del brillo de los otros; esta es la historia de todos los mundos. Es la misma para cada una de sus partes. (A los que digan que esta es una hipótesis, se les puede contestar que hipótesis y más inverosímiles, y sobre todo pueriles, son las de todas las teologías). A través de la regularidad aparente de los fenómenos, la cual se establece á partir desde el momento en que las fuerzas primeras toman formas precisas y estables, hasta su aniquilamiento (*absorción*, diría yo) en una forma única y sin vida, la misma lucha persiste. De la gra-

cas que el filósofo de Malmesbury pudo observar; sobre

vitación de los astros, los más rápidamente constituidos, y que salidos de la misma nebulosa continúan moviéndose al rededor de la masa central todavía en plena incandescencia, nacen las estaciones frías y calientes, húmedas y tórridas, según la lucha que continúa entre las formas ya cristalizadas en materia inerte y las fuerzas que conservan su estado primitivo, permaneciendo independientes, libres, vivas. Se busca la explicación de la vida. Ella es el resultado de una *lucha* de fuerzas, y el nacimiento y la muerte son las consecuencias fatales. Las fuerzas todavía libres y vivas llamadas «fluidos, gaces,» ó con otro nombre, se desprenden de la materia degenerada en inerte, se manifiestan bajo una forma cualquiera, para convertirse ellas mismas en materia inerte. Donde quiera, desde el miasma al hombre, el mismo fenómeno se reproduce: las plantas se sostienen por la materia á la que están adheridas y mueren absorbiendo la muerte, que es la materia bruta; los animales viven de las plantas absorbiéndolas á su turno y mueren por la misma causa; en los animales que no viven, sino de la vida de los otros, la misma ley se repite; la *lucha* es persistente. «Es que si gracias á ella el mundo ha salido de su estado primitivo, también por ella se mantiene á través de formas sucesivas. La *lucha* por la vida es más que una simple ley vegetal y animal; es la ley de todos los seres y de todos los mundos. ¿Qué vale la vida humana en este caos que no se desembrolla y se sostiene, si no por la *lucha*? ¿Qué valen los esplendores de los planetas, las gracias de las flores en presencia de su muerte inevitable? ¿Qué valen las formas armoniosas de los animales y su vida en presencia de la lucha incesante por la cual nacen y por la cual subsisten un momento? ¿Qué valen las esperanzas y las satisfacciones de los hombres, cuando sólo son el fruto de la misma implacable *lucha*? La *lucha* por la vida es la condición de la existencia de la humanidad, como de la existencia de todas las cosas. No satisfacemos una sola de nuestras necesidades sino á expensas de la vida de otros seres, no llenamos una sola de nuestras pasiones sino á expensas de nuestros semejantes, y no realizamos ninguna de nuestras esperanzas ó de nuestras ambiciones sin herir las pasiones y ambiciones y esperanzas de alguno otro. ¿Qué son nuestras virtudes las más nobles, nuestras creencias las más ideales, nuestras ambiciones en apariencia las más legítimas, sino, bajo otros nom-

todas ellas está una ley superior, la de la *evolución mo-*

bres y en otras formas la misma *lucha* por la vida yendo al mismo fin: la muerte. En parte alguna la satisfacción, el goce, la felicidad de los unos deja de significar otra cosa que el sacrificio, la privación y la desgracia de los otros; no son sino vanos rodeos para llegar al mismo fin. Tal es el hombre, tal es el mundo; malo en su origen, no habiendo salido del desorden sino por la *lucha*, permanece y continúa malo en todas sus manifestaciones que sólo se sostienen por la *lucha*, y no deja de ser malo sino por la muerte.»
«Hemos reunido en estas líneas (continúa el autor citado) el fondo de todas las doctrinas pesimistas; ellas se reducen á la noción que se ha adoptado, bajo un nombre común, de todo lo que parece cruel ó doloroso en la historia del mundo y de la humanidad. Se oponen las necesidades y las esperanzas de felicidad á los hechos y á las fuerzas que impiden su realización, y se rehusa reconocer las satisfacciones reales que se tienen, porque no se pueden obtener las de las ilusiones. El *optimismo* (en sentido inverso) lleva los mismos caracteres. Que el mundo sea el mejor de los mundos posibles (doctrina que fué objeto de la sangrienta burla de Voltaire en su *Cándido*) es una hipótesis á la que el siglo XVI prestó su fe y á la que Leibnitz pudo abandonarse en un silogismo riguroso. Siendo Dios infinitamente perfecto y omnipotente, se sigue de ahí que necesariamente el mundo debe ser lo mejor posible, porque toda laguna, todo defecto que contuviese sería la prueba de que su Creador no es el ser infinitamente perfecto y omnipotente. Solamente hay una *pequeña* dificultad, y es la de que al afirmar que Dios es el ser infinitamente perfecto y omnipotente para deducir de esos atributos los caracteres ó cualidades de su creación, queremos ó nos *ponemos á juzgar la perfección y la omnipotencia divinas, cuando ellas nos son incomprendibles. Para poder deducir* cualquiera consecuencia, cualquiera afirmación sería preciso que fuésemos nosotros mismos *infinitamente perfectos* y omnipotentes, es decir, que fuésemos Dios. (Pues siendo limitada nuestra inteligencia tenemos que juzgar la perfección de Dios y su omnipotencia por la *idea que tenemos*, por la pequeñez de las ideas de nuestro espíritu sobre cosas infinitas y omnipotentes; tenemos que atribuir á Dios las cualidades que nuestro desarrollo intelectual y moral reputa buenas; tenemos, en una palabra, que ser *antropomorfos* en teología, esto es, hacer á Dios á nues-

ral que aproxima á los hombres, no haciendo que los

tra imagen y semejanza). Pero hay una especie de optimismo que es más razonable; y es aquel que pretende que todo está organizado en el sentido de lo mejor (*toute est pour le mieux*) no en virtud de la perfección divina cuyos designios nos son desconocidos, sino en virtud de lo que revela *este mundo*, tal como lo vemos y creemos conocerle. Para demostrar la justicia de esta tesis basta sostener la inversa (contre-pied) de las doctrinas pesimistas. «Jamás el mundo habría salido de su estado de desorden primitivo, nebuloso ó caos, por la sola lucha de las fuerzas unas con otras. Estas fuerzas subsistirían antes como después, y su antagonismo no podía engendrar sino un desorden más y más considerable á cada paso, más nebuloso, de menos á menos denso, un caos más y más profundo. No es por la *lucha*, es por el *acuerdo* de las fuerzas, por su *acción armónica* por lo que el desorden pudo cesar. Los cuerpos se agruparon según sus afinidades y formaron el sol y los astros con sus plantas y satélites, los cuales, según la *armonía* de sus fuerzas, gravitaron los unos al rededor de los otros en un *acuerdo* de tal modo perfecto que ninguna turbación, ninguna irregularidad se manifestó jamás en sus leyes inmutables. (¿Pasará lo mismo con las leyes de la *armonía* social al fin de la evolución?) Lo mismo pasó en la composición especial de cada astro y de cada planeta; todas las fuerzas, todos los átomos de la materia continuando agrupándose entre sí, formaron los astros luminosos que difundieron el calor y la vida en las otras masas siderales, las que gracias á la acción constante de su materia propia hicieron nacer, siguiendo un desenvolvimiento regular, los períodos sucesivos no sólo de sus constituciones geológicas, sino también todas las formas y especies de los reinos vegetal y animal, presentando cada masa sideral un desenvolvimiento no menos constante y regular que el del universo en su conjunto. Puede parecer á nuestra ignorancia de las grandes leyes que presiden á la historia y formación de la vida, que todo es desorden y violencia, cuando al contrario, desde la formación del más pequeño cristal hasta el nacimiento de cada especie viviente, todo presenta una *coordinación* cada vez más perfecta de fuerzas y de formas primitivas, y siempre la *armonía*, el *acuerdo* aparece hasta en el cambio de las estaciones, la creación de las especies vegetales, siendo las unas *condición* de las otras y hasta las del sufrimiento y la muerte de los

de superior desenvolvimiento físico, intelectual y mo-

seres vivos. Llamamos dolor, sufrimiento á lo que parece ser un obstáculo á nuestro desenvolvimiento y á nuestras satisfacciones personales, porque olvidamos el *progreso continuo del Conjunto*. Las generaciones se suceden, los pueblos se forman, las civilizaciones nacen, crecen y se dilatan y aumentan gracias al *acuerdo*, á la *armonía* cada vez más perfecta que se *establece entre los hombres*. Si hay *lucha*, es sólo transitoria, en tanto que la tendencia á una perfección más y más alta es *la ley general del universo*.» (Esto se llama *evolución*). Podríamos continuar en este orden de ideas, porque la diferencia entre las dos doctrinas es cuestión de carácter..... ¿Qué significa la *lucha*, qué la *armonía* de dos fuerzas? Cuando el oxígeno y el hidrógeno se combinan para formar agua ¿hay *lucha*? ¿Hay *armonía*? Es á una cuestión de esta clase, y que *en sí* es absolutamente indiferente, á lo que quedan reducidos (prescindiendo de palabras) los cuadros desolantes ó divinos que se trazan por las dos escuelas. Si el desgraciado que es víctima de la manía de persecución como al egoísta que nada aprecia sino por las satisfacciones personales que le muestra el mundo les parece una ilusión, peligro ó amenaza; y si al pobre loco que se figura ser el buen Dios en persona como al hombre contento de vivir todo le parece acuerdo, gozo, felicidad, ¿qué puede probar todo esto respecto de dos doctrinas, de las que una no es sino la negación de la otra, sino sólo que la *ciencia* verdadera de la naturaleza de las cosas les hace falta? No conocemos de la historia del mundo sino algunas leyes tan raras, como incompletas; se las suple por hipótesis (los suplementos religiosos son los más consoladores, porque son obra de la imaginación popular), por impresiones de palabras que uno interpreta según su imaginación y su sensibilidad. Con la paradoja de la perfección del hombre en el estado de naturaleza ha comenzado la desorganización social moderna..... (léase todo el texto que omitimos por sus dimensiones, mas no por falta de mérito). En el *mundo natural no hay ni bien ni mal, ni mérito, ni demérito, puesto que todo es necesario y fatal*..... Un naturalista ilustre (Darwin) ha creído explicar la transformación de las especies por la selección natural y la *lucha* por la vida; la selección natural, siendo propia de cada especie no puede tener otro efecto que el de la conservación de ellas; no sucede lo mismo con la *lucha* por la vida, pues parece formar la

ral bajen para igualarse con los analfabéticos, sino

ley de existencia de *todas* las especies animales y vegetales; y de esto á concluir que debe aplicarse al hombre no hay más que un paso. El pesimismo se apresuró á darlo; el hombre, en efecto, ha entrado á su turno en lucha con la naturaleza y las bestias. . . . Y sin embargo, á pesar de estas apariencias en las que se han detenido pesimistas y transformistas, y aunque siguiéndolos se pudiese afirmar que la lucha por la vida es la ley brutal de la naturaleza, basta un poco de atención y de reflexión para reconocer que *es la ley contraria la que rige la existencia y desenvolvimiento de la humanidad*. Destituído de toda clase de recursos, los más débiles, para el ataque como para la defensa, ni siquiera cubiertos contra la intemperie, los hombres no hubieran podido jamás triunfar de los peligros y de las dificultades de sus orígenes, si hubiesen persistido en *luchar entre sí*. Ya nos remontemos hasta el habitante de las cavernas de la Sonome ó de las habitaciones lacustres, ya visitemos á los salvajes más crueles del Africa Central, en todas partes la seguridad de la vida de los hombres y las facilidades de su existencia son la *expresión rigurosamente exacta* de la *armonía* que han logrado establecer entre ellos. Donde quiera que esta buena inteligencia (*entente*) desaparece, ya en la familia ó en la tribu, ya en los pueblos primitivos ó en los Estados más civilizados; luego que la *lucha por la vida* reaparece, el hombre retrocede (redevient) á bestia como en los tiempos más remotos de su historia. Cuando espíritus superficiales se sienten impresionados por el horror de nuestras guerras y la *lucha sin tregua* de las clases y encuentran aún en las relaciones más pacíficas de los hombres la contrariedad ú oposición de sus intereses, realmente es que no observan sino el lado exterior de los hechos, sin penetrar en la verdadera condición de la existencia. La buena inteligencia ó *concordia* para la vida es para la humanidad el gran principio de fuerza y de progreso; luego que aquella cesa, la *lucha* reaparece implacable sin otra escapatoria que la exterminación, al menos que los combatientes cansados de la guerra no vuelvan á ponerse de acuerdo. ¿Acaso la fiera después del combate con el paquidermo hace la paz? Si la *lucha por la vida* constituyese la *ley de la existencia* humana, los hombres, lo mismo que las fieras y los paquidermos, no hubieran salido de su impotencia y de su desnudez primitivas. La *armonía* y buena inteligencia para la vida

inspirando á éstos por multitud de móviles sociales

son no solamente el secreto de todas las fuerzas y de todos los progresos de la humanidad, sino la condición misma de su existencia. Por más que se deploren las rivalidades que separan á los individuos, las oposiciones que dividen á los Estados, los odios que alimentan las naciones, la verdad es que sin una mutua y profunda inteligencia y *armonía*, esas naciones no existirían; sin la *comunidad* de trabajo no se habrían formado sus clases, sin la *identidad* de intereses las rivalidades mismas perderían su razón de ser. Pero los hombres mismos hacen á cada instante la experiencia del grado de buena inteligencia á que han llegado, y en todas las circunstancias públicas ó privadas en que no se encuentran capaces de elevarse á una armonía más perfecta, estalla la *lucha*, no porque la *lucha* sea la ley de su existencia, sino precisamente porque no lo es. Los Estados desaparecen, las naciones declinan, las civilizaciones se hunden por la única razón de que los hombres no han podido triunfar de sus rivalidades y de sus desavenencias. Así la *lucha* es una ley, no de *vida*, sino de *muerte*, de degradación para los individuos, de decadencia para los Estados y de exterminio para los pueblos; es, bajo cualquiera forma que se presente, la dolorosa y cruel consecuencia de la impotencia de los hombres para seguir la verdadera *ley* de su existencia; *la armonía para la vida* . . . Por ella los hombres han vencido todas las dificultades desde su origen, triunfando también de las fuerzas naturales como de las oposiciones humanas, fundando las civilizaciones; y por ella es que los hombres se conservan al través de sus luchas exteriores é intestinas. Han proclamado en su decadencia moral é intelectual la *lucha de todos contra todos*; pero organizando (*armonizando*) sus fuerzas militares es como protegen su seguridad; por su organización (*armonía*) administrativa conservan sus relaciones; formando asociaciones, (*armonía de esfuerzo comun*), de todo género es como logran sostener las luchas que emprenden unos contra otros. La más egoísta ambición no prospera, si no logra hacerse *comprender*; el comerciante más falto de probidad, necesita para tener fortuna, estar en inteligencia con otros; el político más desvergonzado tiene que crearse un partido por promesas y profesiones de *fé*; todos deben para tener éxito, *poner en común* sus intereses con los de *otro*; aun para hacer el *mal* los hombres deben entenderse y ponerse